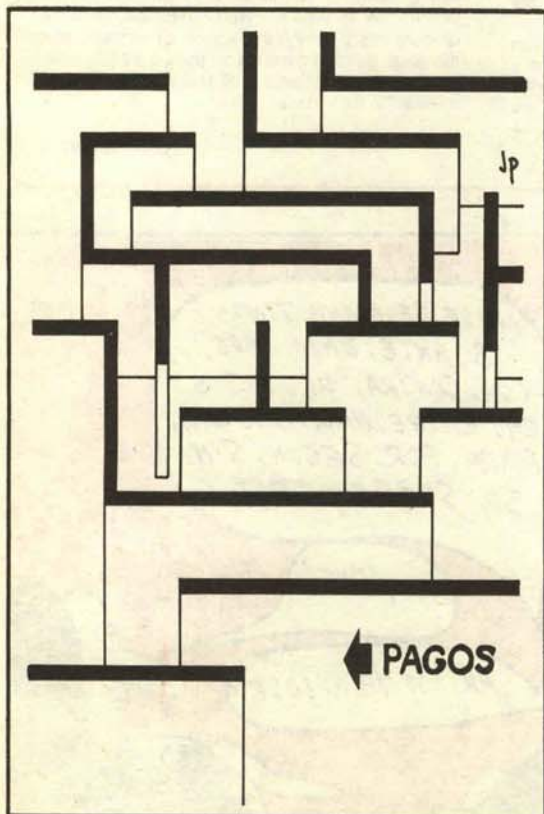


TESTAMENTO

NO voy a dejar la sorpresa para el final, así es que diré en seguida que soy un caracol. En realidad es muy difícil concebir un mundo distinto al de los caracoles, por lo menos a mí. Sé, estoy seguro de que nunca más lloverá. Pero ya estoy resignado. Es la culminación de todas mis resignaciones. A lo largo de mi vida tuve que resignarme a casi todo, al honor, por ejemplo, y también a las ideas políticas. Esto último me valió de algo. Malone el agonizante dejó escrito que si uno tiene ideas políticas se resiste mejor el hambre. No hay que hacerse ilusiones, en cualquier caso. Yo más bien creo que si se tiene hambre se resisten mejor las ideas políticas, aunque me pregunto si no estaré equivocado. Me he arrastrado lo bastante en esta vida para saber de qué va. La vida. He visto a los hombres desde abajo, como ellos ven las montañas y hasta los grandes árboles. Desde abajo se ve bien que los hombres no son más que grandes barrigas, ahí a c a b a todo. A las mujeres las he visto por debajo de la falda, no me gustaría hacer un juicio precipitado. He oído a todos sus preciosas razones, y este es el mo-

mento en que puedo asegurar que me quedo con los mudos. He viajado algo. Ya se comprende que muy despacio, después de todo yo soy un caracol. En mis correrías encontré aquí y allá algunos carteles que no dejaron de sorprenderme. Por ejemplo: «Con Iberia ya habría llegado». Traté de convencer a mi familia de que tal vez si viajásemos en Iberia las cosas nos irían mejor. Pero mis hijos decían: «Papá, ven en tren». Cada generación tiene su cartel, es lo que yo digo. Sé que hay otros carteles que dicen «Gibraltar español», «Rojos fuera», etcétera, pero no me convencen. Quiero decir que no me importan. Lo único que deseaba es una buena lechuga. Una lechuga fresca, crujiente. No sé para qué, esta es la verdad. Estoy agotado, esto es el final. En mi larga vida habré andado, y no exagero, unos sesenta o setenta metros. Ya sé que es demasiado, pero siempre fui un culo inquieto. Viejo como estoy, ¿quién me mandaría cruzar por la Carretera de La Coruña? Aquí me quedo. Por mucha suerte que tenga, estoy seguro de cuál va a ser mi final.

LICANTROPO



EL APOLLO, ¿CULPABLE DE LA MUERTE DE MANOLETE?

MEDINA del Campo, 22. Según decires no confirmados, ayer ha sido visto en esta ciudad el yate Apollo en visita de riguroso incógnito. Algunos concejales se muestran muy preocupados por tal acontecimiento y temen, con razón, que la diabólica visita trate de interferir en la ordenada vida política local. De momento ya han surgido anomalías: varios vecinos respetables han sido atacados en sus casas por Radio París que, en términos urgentes, les conminaba a criticar nuestras gloriosas tradiciones; un joven funcionario de una entidad bancaria ha desaparecido llevándose consigo el honor familiar y dos millones de ejemplares del Boletín Oficial, seguramente con ánimo de negociar en los mercados internacionales; por la calle se ven jovencitos con la pasión en el rostro y se afirma que una mujer quedó embarazada por correo de su esposo, mecánico en Rotterdam. Ante tales desmanes, las fuerzas vivas han decidido intervenir y, tras urgente reunión, han acordado prohibir la existencia de juventud menor de cuarenta años, amén de elevar una protesta a los organismos internacionales por el asunto del Boletín Oficial, que supone un expolio de nuestro

Patrimonio Artístico; en lo respectivo al asunto del embarazo por correspondencia, han admitido que las ciencias adelantan mucho y no es de extrañar nada, inclusive que llegue a repetirse con frecuencia de este ahora. Finalmente se acordó pedir al señor Semprún que pronuncie el Pregón de las Fiestas, aprovechando la ocasión para entregarle toda la documentación sobre el caso, por si le sirve en sus labores de investigación patriótica.

RUIBAL

THE CAPTAIN TRUENO



ACCIDENTE MORTAL

Cuando una brigadilla de obreros de la construcción se encontraba efectuando unas reparaciones en el piso veinte del Ministerio de Compraventa, se produjo la rotura del andamio que los soportaba y se precipitaron al vacío. Dándose cuenta, en su veloz descenso, de lo peligroso de la caída y ante la inutilidad de sus invocaciones a Santa Rita, se pusieron a gritar: «¡Somos preciosos! ¡Somos preciosos!» llamando la atención de los doce mil intermediarios que se encontraban en el edificio. Estos, asomados a las ventanas, y ante la mortal caída de precios que —ellos creyeron— se avecinaba, se personaron de inmediato en el despacho del Superintendente Mayor que, comprendiendo la gravedad de la situación, autorizó sobre la marcha una subida del cuatro mil por cien. Con la autorización en la mano, los doce mil intermediarios se dirigieron a la salida, pero sólo llegaron a tiempo de ver cómo los más veloces se estrellaban contra el suelo. Solamente uno que iba por el segundo piso se salvó. Desgraciadamente, al aplicarle de golpe la subida del cuatro mil por cien adquirió tal velocidad hacia arriba que fue a estrellarse en la cornisa del piso ciento doce donde quedó empotrado sin que los facultativos pudieran hacer nada por salvar su vida.